

MODERNIDAD, GLOBALIZACIÓN Y TERCERA VÍA. O DEL SÍNDROME DE ANTHONY GIDDENS

Roger Campione

Universidad Pública de Navarra

INTRODUCCIÓN



A tesis principal de la sociología del conocimiento» –decía Mannheim– «es que existen formas de pensamiento que no se pueden comprender debidamente mientras permanezcan oscuros sus orígenes sociales» (Mannheim, 1941: 2). Creo que se trata de una tesis válida. Sin embargo, para aclarar las implicaciones de un *corpus* teórico, en ocasiones también puede resultar fructífero recorrer el camino inverso. Esto es lo que se pretende hacer con este trabajo: a partir de la presentación de un modelo teórico explicativo de la realidad –en el caso que nos ocupa me referiré al pensamiento de Anthony Giddens en relación con los conceptos de modernidad y globalización– intentaré mostrar el alcance que tiene el susodicho modelo en conexión con las propuestas relativas a la práctica política efectiva. Por tanto, la tarea consiste en ilustrar cómo en el caso específico la perspectiva de la teoría social incide sobre la teoría política. Dentro de este



marco metodológico, la tesis interpretativa que se mantendrá estriba en la unidad y continuidad de intentos que es posible rastrear en la obra de Giddens a lo largo de toda su actividad investigadora. Asimismo, trataré de señalar el rasgo fundamental de este denominador común que recorre su teoría y que puede ser definido, *grosso modo*, como un «vicio mediador» que, sin embargo, Giddens considera auténtico enfoque dialéctico.

A través del análisis de su concepción de la modernidad reflexiva, de la sociedad del riesgo y, finalmente, de la sociedad global, veremos cómo su receta política guarda una relación de filiación teórica bastante estrecha no sólo con el planteamiento relativo al estudio de la modernidad y sus futuros, sino también, y en igual medida, con los resultados de su producción científica anterior, tanto en la vertiente histórica como en la más específicamente teórica.

1. El presente: ¿modernidad o posmodernidad?

El final de milenio nos ha deparado un mundo hartamente sorprendente si lo confrontamos con el proyecto de los filósofos de la Ilustración. El cometido intelectual de aquéllos consistió en romper con lo viejo o, con más detalle, en sustituir la incertidumbre del pasado a través del conocimiento humano. Podemos decir, incluso, que la misma idea de futuro como posibilidad controladora de los devenires del mundo es un producto de la Ilustración y por lo tanto típica de esta nuestra cultura occidental.

Desde luego, a juzgar por los derroteros investigados de Giddens, sobre todo en la última década, se deduce que en su opinión la trayectoria moderna no ha ido por buen camino; de hecho, el mundo se ha vuelto mucho más incierto y huidizo y, como diría Lasch, «más y más amenazante» (Lasch, 1977, 140).

El principal efecto de la modernidad ha de ser enlazado con el desarrollo de los sistemas abstractos que ha proporcionado el desanclaje¹ de las relaciones sociales a través del espacio y del tiempo, configurando un mundo desbocado y muy diferente del vaticinado por los pensadores a los

¹ Con el término *desanclaje* GIDDENS entiende el «despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales» (GIDDENS, 1993: 32).

que me he referido anteriormente (Giddens, 1993: 142) ². Así pues, la concepción de la modernidad como proyecto de liberación y emancipación de la humanidad mediante el conocimiento y la razón no parece haber resistido el paso del tiempo. Las transformaciones asociadas con la modernidad, sin embargo, no llevan a Giddens a afirmar que vivimos en un mundo posmoderno; más bien, nos encontraríamos en un período de «alta modernidad» o «modernidad tardía» ³. Aunque nos hallamos en un universo de acontecimientos que se escapan, en ocasiones brutalmente, a nuestro control, para analizar y comprender lo que está sucediendo en la vida social no es necesario inventar términos tales como *posmodernidad*; no obstante, tampoco sería certero asegurar que existe la posibilidad de alcanzar un conocimiento generalizable de los modelos de desarrollo social presentes y futuros. En resumidas cuentas, el sociólogo inglés no concuerda con la postura lyotardiana (Lyotard, 1994) acerca del desvanecimiento de los «grandes relatos» que han cimentado la trama de las sociedades modernas, en el sentido de que no considera que el desplazamiento de la fe en el progreso humanamente concebido haya marcado el tránsito hacia una dimensión histórica distinta de la modernidad. Asimismo, a modo de rechazo de la contra-postura —una actitud bastante habitual en él— discrepa de la respuesta modernista clásica, la habermasiana, en la medida en que procura demostrar que es posible una epistemología social coherente y fiable (Habermas, 1993; Giddens, 1993: 16-17).

El enfoque propuesto implica una diferenciación más profunda de lo que parece con respecto a la ola posmodernista. Es cierto que las tensiones inherentes al presente provocan un sentimiento de desarraigo en el hombre moderno, pero esto ha de encauzarse pensando en positivo y constituyendo procesos activos de reconstrucción social, sin que haga falta aceptar de manera fatalista la deslegitimación de la «gran narrativa», que establece la imposibilidad del conocimiento sistemático de la acción humana o de las tendencias del desarrollo social.

² Al parecer, la expansión de sistemas abstractos se refleja primordialmente en los mecanismos que regulan lo que GIDDENS llama sistema de «seguridad ontológica» o, según la terminología de ERIKSON, «confianza básica» (ERIKSON, 1950), que opera como «dispositivo protector contra riesgos y peligros de las circunstancias de acción e interacción» (GIDDENS, 1995: 56). En los asentamientos premodernos la fiabilidad básica estaba enclavada en las relaciones personalizadas y de parentesco; en la época moderna, en cambio, resulta indispensable la fiabilidad en principios impersonales y anónimos (GIDDENS, 1993: 115-116).

³ No es casualidad, por ejemplo, que el reciente libro que MESTROVIC dedica al pensamiento de Giddens se titule *Anthony Giddens: The Last Modernist* (Mestrovic, 1998).

Giddens asemeja la vida en el mundo moderno a la figuración del carro de *Juggernaut*⁴ para indicar que la apropiación reflexiva del conocimiento por parte de la humanidad contemporánea abre caminos necesariamente inestables pero intrínsecamente estimulantes:

«¿Hasta dónde podemos nosotros –donde aquí “nosotros” significa la humanidad– poner las riendas al *juggernaut*, o al menos dirigirlo de tal manera que minimicemos los peligros y maximicemos las oportunidades que nos ofrece la modernidad?»

Entre los factores que sugieren la respuesta a esta pregunta

«ninguno de ellos tiene nada que ver con la idea de que hemos dejado de poseer métodos viables para sustentar las pretensiones de conocimiento en el sentido que lo expresan Lyotard y otros» (Giddens, 1993: 142).

Las teorías, los conceptos y los descubrimientos modernos han provocado transformaciones mucho más profundas que la mayoría de los cambios ocurridos en épocas anteriores, lanzando el mundo social hacia direcciones imprevisibles; sin embargo, «nada de esto significa que debamos, o podamos, desistir en nuestro intento de dirigir el *juggernaut*» (Giddens, 1993: 145).

La aportación giddensiana de «realismo utópico» nos resulta muy lejana, por ejemplo, de la «estrategia fatal» de un Baudrillard, profeta de la posmodernidad y destructor de los simulacros modernistas:

«El universo no es dialéctico; está condenado a los extremos, no al equilibrio. Condenado al antagonismo radical, no a la conciliación ni a la síntesis. Ese también es el principio del Mal, y se expresa con el maligno genio del objeto, se expresa en la forma extática del objeto puro, en su estrategia victoriosa de la del sujeto.

Conseguiremos unas formas sutiles de radicalización de las cualidades secretas, y combatiremos la obscenidad con sus propias armas. A lo más verdadero que lo verdadero opondremos lo más falso que lo falso. No enfrentaremos lo bello y lo feo, buscaremos lo más feo que lo feo: lo monstruoso. No enfrentaremos lo visible a lo oculto, buscaremos lo más oculto que lo oculto: el secreto.» (Baudrillard, 1984: 5).

⁴ Se trata de un mito hindú en el cual la imagen del dios brahmínico Krichna venía llevada en volandas en procesión encima de un carro (el carro de *Juggernaut*) y cuyas ruedas aplastaban a los fieles que de esta manera se sacrificaban ante la divinidad (GIDDENS, 1993: 58).



A pesar de todo, cabe señalar que Giddens reconoce las limitaciones del proyecto de la Ilustración y aprecia la importancia del papel que juegan las emociones, irracionales y antagónicas, en la formación de la identidad del yo y de la vida social, pero se opone resueltamente a la idea de que esto le confíe al caos las riendas del futuro. De hecho, nos estaríamos trasladando a un período que no es de posmodernidad sino a uno en el que las consecuencias de la modernidad se van radicalizando y universalizando paulatinamente. La creciente erosión de la tradición y la naturaleza cala en la «modernidad radicalizada» forzándonos a vivir de manera más reflexiva, dispuestos ante un futuro más abierto y problemático. Pese a todo, en tal contexto de cambio las fuentes dinámicas de la modernidad siguen estando ahí: la expansión del capitalismo, los efectos transformadores de la ciencia y la tecnología, la propagación de la democracia de masas; por ello, Giddens prefiere hablar de «modernización reflexiva» antes que de posmodernidad:

«Sólo hay modernidad y podemos reflexionar sobre la modernidad sólo a través de la modernidad; esto también significa a través de la ciencia y la tecnología. No podemos escaparnos de la ciencia y la tecnología sino a través de la ciencia y la tecnología» (Giddens y Pierson, 1998: 117).

Así pues, hay una serie de puntos en los que la concepción de la posmodernidad difiere notablemente de la «modernidad radicalizada» que el sociólogo inglés propone como clave de interpretación de la época actual ⁵:

– La primera posición entiende las transiciones que envuelven el presente en términos de disolución de la epistemología, esto es, como crítica a la pretensión de que la actividad conocedora del sujeto tenga valor de verdad (Lyotard, 1994: 61), mientras que la segunda se preocupa por identificar las causas que producen las sensaciones de fragmentación y dispersión;

– Los teóricos posmodernistas se interesan sobre todo por las tendencias centrífugas provocadas por las transformaciones actuales; la modernidad radicalizada reconoce el efecto de dispersión pero lo conecta dialécticamente con las tendencias encaminadas hacia la integración global;

– Los primeros perciben el «yo» de manera desmembrada y fragmentada mientras que los segundos atisban la posibilidad concreta de procesos activos de reflexión y autoidentidad;

⁵ Estoy siguiendo aquí el cuadro resumido en GIDDENS, 1993: 141.

– Como hemos visto, la visión posmoderna resta valor a las pretensiones de verdad y fiabilidad del conocimiento humano, mientras que Giddens sostiene que el carácter reflexivo de la modernidad no obstaculiza el conocimiento sistematizado sobre los desarrollos sociales, pues los rasgos universales de pretensiones a la verdad nos han sido impuestos en forma irresistible dada la supremacía de problemas de índole global;

– Tales tendencias globalizadoras, según los primeros, aniquilan al individuo; conforme a la otra postura, se debe diagnosticar en términos dialécticos la relación entre pérdida y adquisición de poder;

– La concepción posmoderna considera impracticable el compromiso político, debido a la dispersión contextual; por el contrario, para la modernidad radicalizada el compromiso político es no ya posible sino necesario, tanto en lo local como en lo global;

– La posmodernidad, según los posmodernos, marca el final de la epistemología, del individuo y de la ética; la posmodernidad, según la modernidad radicalizada, es definida como la posibilidad de transformaciones futuras que irían más allá de las instituciones modernas; de hecho, en el momento actual no habríamos ido «más allá» de la modernidad, sino que estaríamos viviendo la fase de su radicalización (Giddens, 1993: 57).

Todas estas reflexiones estimulan la adquisición de un punto de vista meta-moderno: tanto la opción posmodernista como la modernista dan cuenta de la misma línea genealógica, al identificar el núcleo de la modernidad con las teorizaciones del optimismo contractualista de la Ilustración. Pues bien, si recuperásemos ciertas fuentes teóricas –pensemos, por ejemplo, en las *Istorie Fiorentine* de Maquiavelo– se podría plantear la cuestión de modo diverso. En su obra más madura, el canciller florentino muestra cómo todo conflicto social ha sido, en Florencia, violento y extremo. Empero, la violencia de este tipo de conflicto ha desembocado, de forma paradójica, en unas condiciones aptas para el desarrollo potencialmente positivo de la ciudad, en el sentido de una mayor cohesión e igualdad. Este argumento resalta el elemento novedoso de su pensamiento y lo caracteriza más todavía como autor «moderno» en un intento de comprender y concebir la *crisis*, no sólo como motor de la historia de Florencia sino como paradigma interpretativo de la época que está a punto de irrumpir (Del Lucchese, 2001). No cabe duda de que el enfoque maquiaveliano rechaza una tradición apologética de la estabilidad y la concordia dentro del Estado y en cierta medida se opone a la visión general de la política basada en el contrato-consenso que los teóri-



cos ilustrados conseguirán implantar definitivamente en los cimientos de la modernidad. Aparte, con esto se pretende apuntar que asignar a la crisis y al conflicto un papel clave en la producción de la historia significa ubicar la *política* en el lugar interpretativo más adecuado para poder llevar a cabo un análisis pertinente de la *praxis humana*. Que no se suela cumplir de forma satisfactoria con este cometido quizá quede probado por el interés –en ocasiones el escándalo– que ha podido suscitar, en los últimos años, una obra como *El choque de civilizaciones* (Huntington, 1997), por la consideración del choque, del conflicto, como clave que dominará la política a escala mundial. En cambio, y con las debidas excepciones, la concepción posmodernista relativa a la impracticabilidad del compromiso político, además de contradecirse en sus propios términos –¡como no va a ser el nihilismo una opción política!– desemboca en una predilección por el relativismo que ciega al posmodernismo –tal como señala acertadamente Gellner– frente «a la importantísima y absolutamente extendida asimetría en el poder cognitivo y económico de la situación mundial» (Gellner, 1994, 90). El examen giddiano del «mundo desbocado» no ignora la centralidad de los aspectos emocionales e irracionales del comportamiento individual y social sobre los cuales insiste el posmodernismo; tenerlo en cuenta le permite, por lo menos, dialogar con tal perspectiva. Sin embargo, las consecuencias de la modernidad no merman, en su análisis, el fortalecimiento de la razón reformadora ilustrada que, una vez más, se presenta a sí misma como la única conducción capaz de dirigir el *Juggernaut* sin correr el riesgo de sufrir un choque demasiado brutal que obligaría a poner en el centro de un paradigma interpretativo del desarrollo histórico conceptos fundamentales como los anteriormente sugeridos de «crisis» y «conflicto».

2. La sociedad del riesgo: el nuevo apeiron

En el prólogo a una recopilación selectiva de textos de Giddens, Bauman, Luhmann y Beck, Beriain reflexiona sobre un rasgo fundamental de la diferencia entre lo moderno y lo premoderno:

«Lo que las sociedades tradicionales atribufan a la *fortuna*, a una voluntad metasocial-divina o al destino como temporalización perversa de determinados cursos de acción, las sociedades modernas lo atribuyen al *riesgo*, éste representa una secularización de la fortuna. El riesgo aparece como un “*constructo social histórico*” (...) El riesgo es la “*medida*”, la determinación limi-

tada del azar según la percepción social del riesgo, surge como el dispositivo de racionalización, de cuantificación, de metrización del azar, de reducción de la indeterminación, como opuesto del *apeiron* ("lo indeterminado")» (Beriaín, 1996: 8-9).

«Riesgo»: he aquí una de las palabras clave y más en boga en la reciente teoría social. Desde que, hace ya quince años, Ulrich Beck publicara su libro sobre la *Risikogesellschaft* se abre un debate que hoy en día sigue más vivo que nunca y que abarca los contornos generales de la sociedad del fin de milenio. En esta obra, el sociólogo alemán proponía una distinción entre una primera y una segunda modernidad; caracterizaba la primera como una sociedad estatal y nacional, con estructuras colectivas, el pleno empleo, una industrialización rápida y una explotación de la naturaleza no «visible». En resumidas cuentas, el modelo impulsado en la Europa Occidental a partir del siglo XVIII. Hoy en día, plantea Beck, nos encontramos ante lo que llama «modernización de la modernización» o «segunda modernidad», o asimismo «modernidad reflexiva», en donde los fundamentos, las insuficiencias y las antinomias de la primera modernidad se ven cuestionadas y se vuelven objeto de «reflexión». Las convergencias con la «modernidad tardía» de Giddens son más que evidentes⁶: somos seres reflexivos, esto es, incorporamos conocimiento sobre nosotros mismos al actuar, pero, en la actualidad, cambiamos el mundo que ese mismo conocimiento había descrito originariamente dando vida, por así decirlo, a un conocimiento continuamente inestable. Este es un rasgo característico de la sociedad reflexiva que demuestra por qué en un mundo altamente reflexivo hay tantos eventos impredecibles. De ahí la utilización del término *riesgo*, un vocablo que, según puntualiza Giddens, parece haber llegado al inglés (*risk*) «por vía del español, en el siglo XVII, y probablemente a través de un término náutico que significa encontrar un peligro o chocar contra un risco» (Giddens, 1993: 40).

En esencia, se nos viene a decir que la vida en la sociedad del riesgo adquiere su propia peculiaridad porque implica una confrontación activa ante los peligros con vistas al futuro. Como se decía al inicio, la capacidad para atisbar el futuro en términos activos y de control del tiempo es un atri-

⁶ De hecho, el descubrimiento de tales concordancias originó e intensificó el acercamiento y la colaboración entre Giddens y Beck, como queda patente en Beck, Giddens y Lash, 1997, donde, aún manteniendo ciertas diferencias, los distintos autores coinciden en cuales son los temas dominantes que afectan a la modernización reflexiva: la reflexividad, la destradicionalización y la crisis ecológica.

buto propio de la modernidad. Pensar en términos de riesgo, mantiene Giddens, constituye «una manera de colonizar el futuro» (Giddens, 1995: 171). Sin embargo, estamos asistiendo a una fractura en el fuero interno del entramado social, de tal forma que, como en el siglo XIX disolvió la arcaica sociedad agraria, ahora la modernización derrite los contornos de la sociedad industrial, aunque, eso sí, en una continuidad con la modernidad (Beck, 1998a: 17). Los orígenes de la nueva figura social se hallan, según el parecer de Giddens, en un par de transformaciones fundamentales que están afectando a nuestras vidas y que guardan una estrecha relación con la creciente influencia de la ciencia y la tecnología: el fin de la naturaleza y el fin de la tradición.

El fin de la naturaleza no significa que esté en vías de desaparición el medio ambiente, sino que cada vez son menos los aspectos del mundo físico que no se ven afectados por la intervención humana. Este cambio tan radical, acaecido en los últimos cincuenta años, se ha visto impulsado por la intensificación del desarrollo tecnológico. A consecuencia de este proceso, habríamos dejado de preocuparnos por lo que la naturaleza nos pueda ocasionar a nosotros empezando ya a inquietarnos por lo que nosotros podríamos causarle a ella (Giddens, 1997d: 26)⁷. Esto no ocurriría por un proceso de cosificación en el que debamos lamentar el estado de la naturaleza como tal, sino por las repercusiones que su progresiva alteración podría tener sobre la humanidad. Esta transición marca uno de los mayores espacios de ingreso en la sociedad del riesgo: una sociedad que vive después de la naturaleza. La relación co-implicatoria entre sociedad y naturaleza convierte a esta última, a finales del siglo XX, en un producto histórico; no se puede pensar más en ella independientemente de la primera ni a la inversa⁸. Nos encontramos, pues, ante una modificación radical de perspectiva con respecto al pasado más reciente:

«Mientras que el concepto de la sociedad industrial clásica reposa en la contraposición de naturaleza y sociedad (en el sentido del siglo XIX), el concepto

⁷ Este tema ha sido tratado de forma exhaustiva y en clave ecológica por MCKIBBEN en un libro titulado, por cierto, *El fin de la naturaleza*, en cuyas páginas se sostiene exactamente esta tesis, es decir, que la expresión «fin de la naturaleza» no significa que se haya acabado el mundo físico como tal, sino que se ha terminado la época de un mundo no influenciado por la intervención humana (MCKIBBEN, 1990).

⁸ Pensemos, sólo por citar un ejemplo entre tantos posibles, en las nuevas técnicas de reproducción asistida, para ver así que cabe la posibilidad de engendrar un niño sin la necesidad de un contacto sexual entre los sujetos envueltos.

de la sociedad (industrial) del riesgo parte de la «naturaleza» integrada civilizatoriamente y sigue la metamorfosis de sus lesiones a través de los sistemas sociales parciales» (Beck, 1998a: 89).

Y poco después, Beck extrae una tajante y sin embargo inevitable conclusión:

«A finales del siglo XX hay que decir que la naturaleza *es* sociedad, que la sociedad es (también) *naturaleza*. Quien hoy sigue hablando de la naturaleza como no sociedad habla con las categorías de otro siglo, las cuales ya no captan nuestra realidad» (Beck, 1998a: 90).

El desvanecimiento de la naturaleza, en el sentido que acabamos de esbozar, está estrechamente vinculado con la disolución de la tradición, en la medida en que ésta también solía representar un marco de referencia vital estable. Al igual que ocurre con la naturaleza, vivir en un orden social post-tradicional no quiere decir que ya no haya tradiciones. Se trata más bien de un cambio de categoría: el mismo pensamiento ilustrado había impulsado la puesta en cuestión de todo tipo de tradición, suscitando de esta forma el enfrentamiento entre lo tradicional y lo moderno. Pero la importancia de lo primero siguió siendo muy enérgica (la religión, la familia o la sexualidad, por ejemplo). En cambio, en el momento actual la tradición se abre a preguntas y debates ⁹, ha de justificarse so pena de la pérdida de su propio valor vinculante. En el mundo weberianamente desencantado triunfa el cariz filosófico popperiano: la ciencia ya no es la forma para encontrar la verdad sino la manera para organizar el escepticismo.

Fenómenos como el recalentamiento global testimonian que la «intervención controlada» del hombre en la sociedad y en la naturaleza no ha producido la certeza que se esperaba del avance del conocimiento. Convertirnos en dueños de nuestro propio destino mediante el control activo del futuro a través de la ciencia y la tecnología no ha multiplicado de forma exclusiva las oportunidades de dominio de la «biovida» sino también los potenciales riesgos. Sobresale, una vez más, la actitud moderada del sociólogo inglés: a lo largo de toda su andadura intelectual se ha esforzado para alcanzar y proponer degustaciones de corte sintético-dialéctico utilizando como ingredientes básicos ideas y teorías paradigmáticas y tendencialmente contrapuestas. Ha

⁹ De hecho, a juicio de GIDDENS, el fundamentalismo, un fenómeno cultural muy extendido y en expansión en muchas partes del planeta, y que representa la negación de la destradicionalización, «no es más que la tradición defendida de modo tradicional» (GIDDENS, 1996: 15).



ocurrido con el arranque de su actividad investigadora (Giddens, 1971), dirigido con notable éxito a asentar los cimientos de un nuevo edificio histórico destinado a hospedar los padres fundadores de la sociología. Cotejando a Weber y Durkheim –los clásicos más destacados por la «sociología académica» de derivación parsoniana –con Marx– el solo y único *pater familiae* de la sociología para la literatura marxista–, Giddens ha puesto en tela de juicio la existencia de tal línea divisoria en la evolución de la teoría social, reivindicando la oportunidad de un trato equivalente hacia los tres autores. Una cosa parecida ha sucedido posteriormente, cuando el sociólogo inglés ha emprendido el desarrollo de un nuevo sistema teórico para las ciencias sociales, culminado en la teoría de la estructuración (Giddens, 1979a; 1984). En este contexto, su proyecto puede ser presentado como un ambicioso intento de síntesis entre las tónicas de la «sociología interpretativa» –integrando así Weber con la fenomenología, la etnometodología, la hermenéutica y el análisis del lenguaje– y las teorías contrapuestas –marxismo, funcionalismo y estructuralismo– que reconocen y subrayan la importancia de las estructuras sociales en la configuración de la conducta humana (Campione, 2001). Pero es en el tema que ahora nos ocupa, en la reflexión sobre los equilibrios sociales venideros, donde la huella *retro*-spectiva cede el paso a la mirada *ultra*-spectiva, que se hace más patente el «vicio mediador» de Anthony Giddens. A estas alturas, ya podríamos contestar a la pregunta eventual sobre si él se considera, con respecto al futuro, optimista o pesimista... Su contestación, cómo no, es que se siente optimista y a su vez pesimista, porque el riesgo es al mismo tiempo el mecanismo energético de nuestras vidas y el núcleo de los nuevos dilemas que tenemos que encarar (Giddens y Pierson, 1998: 193).

Giddens define los peligros derivados de la intervención humana como una situación de *incertidumbre fabricada* (Giddens, 1996: 13): problemas nuevos, en muchos casos imprevisibles y cuyas consecuencias son muy difíciles de calcular. Algunas de estas consecuencias ya se están dando –por eso mencionamos el tema del efecto invernadero– y las pautas de política activa a seguir han de tomar conciencia de que vivimos «en un mundo dañado radicalmente, que necesita remedios radicales» (Giddens, 1996: 19). No se trata, con todo, de buscar soluciones puramente conservacionistas, que nos devuelvan la naturaleza de un siglo atrás ¹⁰ porque ya no hay vuelta atrás.

¹⁰ GIDDENS critica, en este sentido, al movimiento verde por su «falacia naturalista», achacándole cierto sesgo fundamentalista, porque propone un regreso a la naturaleza que ya no es posible, pues la naturaleza en los términos clásicos ya no existe (GIDDENS, 1996: 20).

Más bien, la capacidad social de reflexión debería simplificar la construcción de un marco político radical, sin olvidar que

«Ya no podemos defender la naturaleza de modo natural, como ya no podemos defender la tradición de modo tradicional; no obstante, ambas *necesitan* con frecuencia que se las defienda» (Giddens, 1996: 20).

3. La globalización: un fenómeno más que económico

La reciprocidad e interdependencia entre la transformación de la naturaleza, la destradicionalización y la intensificación del desarrollo científico y tecnológico acarrearán un cambio en los futuros escenarios de riesgo. Resulta difícil analizar y valorar las implicaciones de este conjunto de factores porque nos hallamos en una situación en la que no cabe contar con antecedentes históricos que permitan predecir razonablemente adónde nos llevará la corriente. Hay otro aspecto, que es en gran medida un efecto inmediato de tales interconexiones y ha venido en los últimos tiempos a polarizar el interés de las ciencias sociales: la globalización.

Aún siendo una presencia constante en cualquier debate sociológico, político o económico actual, el propio término globalización no existía hasta hace muy pocos años ¹¹. Amén de la común definición del concepto como proceso de crecimiento de la unidad mundial, Giddens apunta que, con mayor precisión, debería entenderse «fundamentalmente como el reordenamiento del tiempo y la distancia en la vida social»:

«Nuestra vida, en otras palabras, está cada vez más influida por acontecimientos que suceden muy lejos de los contextos sociales en los que llevamos a cabo nuestras actividades cotidianas» (Giddens, 1997: 561).

«Este es un proceso dialéctico puesto que esos acontecimientos locales pueden moverse en dirección inversa a las distantes relaciones que les dieron forma» (Giddens, 1993: 68) ¹².

¹¹ «Hasta nuestros días la sociedad humana no ha existido». Así el antropólogo PETER WORSLEY describe la conversión del mundo en un único sistema social (WORSLEY, 1984: 1). De distinta opinión es GARCÍA BLANCO, quien mantiene que la especial atención de la que goza en la actualidad la perspectiva de la globalización «depende más de su intensificación que de su efectiva novedad con respecto a la época fundacional de nuestra disciplina» (GARCÍA BLANCO, 1999: 21).

¹² A favor de esta interpretación véase también HELD, 1997: 329. «La creciente prosperidad del área urbana de Singapur» —escribe GIDDENS— «podría estar causalmente relacionada, a través de una complicada red de conexiones económicas mundiales, al empobrecimiento de un barrio de Pittsburgh, cuyos productos locales no son competitivos en los mercados mundiales» (GIDDENS, 1993: 68).

Entre los especialistas del tema hay dos puntos de mira tendencialmente opuestos acerca del concepto de globalización y la realidad subyacente a él. Uno de ellos puede llamarse el de los escépticos (Hirst y Thompson, 1996), cuya postura estriba en el carácter mítico de la globalización, es decir, argumentan que pese a la omnipresencia de la palabra en cuestión en todos los debates, se trataría de hecho de una invención ideológica que no corresponde a la realidad. Esta idea se expresa en el convencimiento de que realmente el sistema económico actual no es tan distinto del que había hace treinta años o, en ciertos aspectos, incluso ni del que había hace cien:

«La economía actual altamente internacionalizada no carece de precedentes: se trata de una serie de coyunturas y circunstancias de la economía internacional que han existido desde que empezó a tener difusión general una economía basada en la tecnología industrial moderna, en la década de 1860. De alguna manera, la economía internacional actual es *menos* abierta e integrada de lo que fue el régimen que prevaleció desde 1870 hasta 1914» (Hirst y Thompson, 1996: 2).

Según estos autores, por tanto, ya a finales del siglo pasado se podían registrar la existencia de una competición económica global y la estabilización de mercados abiertos, y observando los niveles de concentración en la economía global habría sido posible comprobar que en el día de hoy no son mucho más elevados que hace treinta años. De acuerdo con la tesis de los escépticos, la globalización sería un concepto inventado por los ideólogos neoliberales para patrocinar una sociedad totalmente subalterna al libre mercado y hundir de esta forma el *welfare state*¹³; por eso, sus partidarios suelen ser de izquierdas o social-demócratas.

El otro punto de vista, como apuntaba, se sitúa en una perspectiva antagónica e incluye entre sus filas a los «hiper-globalizadores». Su punto de partida es que, en contra de lo que sostienen los escépticos, actualmente vivimos en un mundo que ha cambiado de forma radical en los últimos veinte o treinta años, y las mutaciones que han ocurrido han sido tan impactantes que han transformado profundamente la naturaleza de nuestras economías y han destruido la esencia institucional del Estado-nación, desplazando la localización del poder hacia una infinitud de ciudades-estado (Ohmae, 1995). Ohmae —un ejemplo paradigmático de hiper-globalizador—

¹³ Es bien sabido que este tipo de ataque a la ideología de derechas neoliberal tiene en el Reino Unido su blanco por antonomasia: Margaret Thatcher, quien, empuñando la bandera de la globalización durante los años de su mandato, arrojó golpes mortíferos sobre el Estado de bienestar.

argumenta que hoy día son las compañías transnacionales los sujetos principales en una economía mundial entrelazada ¹⁴, y afirma que la política de intervención macroeconómica e industrial de los gobiernos nacionales sólo puede impedir y distorsionar el proceso racional de distribución global de los recursos. En el sistema global el Estado-nación se percibe como una autoridad local que ya no puede determinar de forma independiente los baremos de actividad económica o de empleo dentro de su territorio; más bien, tales parámetros están dictaminados por las opciones de la movilización internacional del capital. Así pues, el cometido del Estado-nación sería equivalente al que ha sido hasta ahora el de las municipalidades en los distintos Estados: proporcionar infraestructuras y bienes públicos para satisfacer las demandas empresariales al coste más bajo (Ohmae, 1991) ¹⁵. He aquí el sentido de la afirmación según la cual el Estado-nación se ha convertido en una «ficción» (Ohmae, 1995), mientras que están incrementando su importancia las economías regionales emergentes entre zonas de distintos países (como sería, por ejemplo, el caso de Hong-Kong con el sur-este de China o Cataluña con el sur de Francia). En la misma dirección se debe interpretar la argumentación de Held a propósito del papel que las mudadas condiciones históricas reservan al concepto de soberanía nacional:

«La soberanía propiamente dicha se debe entender y analizar hoy como un poder escindido que es percibido como algo fraccionado por toda una serie de actores –nacionales, regionales e internacionales– y que se encuentra limitado y maniatado precisamente por esta pluralidad inmanente» (Held, 1997) ¹⁶.

¿Cuál es la posición de Giddens en este debate? Lamento ser otra vez poco original, pero he de decir que su respuesta vuelve a situarse a medio camino, aunque en esta ocasión el sociólogo inglés deja traslucir más abier-

¹⁴ Al parecer, el término «transnacional» es preferible al de «multinacional» pues «indica que estas compañías operan a través de diferentes fronteras nacionales más que, simplemente, dentro de varias o muchas naciones» (GIDDENS, 1997: 576).

¹⁵ La postura de Ohmae parte de la idea de que hay dos elementos fundamentales en la economía mundial: la fuerzas globales de mercado y las compañías transnacionales, y ninguna de las dos está, ni puede estar, sujeta al gobierno público, cuyo papel podría ser, a lo más, secundario.

¹⁶ Una postura contraria a ésta es la de GILPIN, según quien la globalización depende de la autoridad nacional-estatal, en el sentido de que presupone la existencia de un poder hegemónico, pues la «experiencia de la historia nos enseña que, allí donde ha faltado este poder a la vez liberal y dominante, ha sido extraordinariamente difícil o imposible el desarrollo de relaciones de mercado y de cooperación internacional, y ello por la sencilla razón de que todo se volvió conflictivo. La ampliación del mercado en redes globales y espacios sociales integrados no habría sido posible sin un poder hegemónico liberal que posibilitara y favoreciera esta ampliación» (GILPIN, 1987: 88).



tamente su inclinación. Ante todo, opina que la polémica en cuestión es estrecha de miras al tratar la globalización como un fenómeno principalmente económico:

«La globalización (...) no es sólo, ni principalmente, interdependencia económica, sino la transformación del tiempo y del espacio en nuestras vidas» (Giddens, 1999: 43).

Un año más tarde, remacharía el concepto:

«La globalización es política, tecnológica y cultural, además de económica. Se ha visto influida, sobre todo, por cambios en los sistemas de comunicación, que datan únicamente de finales de los años sesenta» (Giddens, 2000:23 ¹⁷).

No cabe duda de que en cierto grado los factores económicos guían el desarrollo del fenómeno, pero sin embargo éste tiene aspectos políticos –porque está cambiando la estructura de los Estados– tecnológicos –ya que es fruto de una revolución en el campo de las comunicaciones– y culturales –al transformar las pautas de conducta no sólo en una contextura mundial sino que modifica en varios sentidos la vida cotidiana, personal y familiar también. De todos modos, Giddens cree que los escépticos de la globalización están equivocados en un aspecto fundamental, conforme afirman que la situación actual es una continuación o reversibilidad del pasado:

«Incluso si el período actual fuera sólo una repetición del siglo pasado, seguiría siendo bastante diferente de la época de posguerra del Estado de bienestar keynesiano. Las economías nacionales estaban más cerradas de lo que están ahora» (Giddens, 1999: 42).

Las simpatías del británico, pues, se dirigen a los hiper-globalizadores: fiel a su postura antievolucionista, le convence el argumento del cambio de época –bajo ningún concepto examinable como simple desarrollo de la fase anterior– sucedido en los últimos treinta años. El afianzado papel de los mercados financieros mundiales desplazaría el eje del comercio de los bienes a la información ¹⁸. Por lo tanto, estarían en lo cierto los afiliados a la hiper-globalización, cuando dicen que la globalización es un fenómeno

¹⁷ Este breve libro es la versión escrita de las *Reith Lectures* del año 1999, unas conferencias internacionales impartidas por GIDDENS, organizadas y emitidas en la radio por la BBC y que fueron recogidas por el autor bajo el rótulo *A Runway World*, «un mundo desbocado».

¹⁸ Sería lo que el economista DANNY QUAH llamase la emergencia de una «economía sin peso» (*weightless economy*).

nuevo que trasciende los límites del internacionalismo capitalista. Y en particular, en este proceso la comunicación electrónica instantánea desempeña un papel cardinal en cuanto que reorganiza las pautas vitales y las relaciones sociales en una dirección no territorial e irreversible ¹⁹. En palabras de otro estudioso de la globalización:

«Esta tecnología ha supuesto el final de los distanciamientos geográficos y sociales. ¿Cómo? Mediante los aviones supersónicos, la informática, los satélites terrestres y otras muchas innovaciones que permiten en la actualidad que cada vez más hombres, ideas y bienes atraviesen más deprisa que nunca –y con mayor seguridad– el espacio y el tiempo. En una palabra, esta tecnología ha reforzado las interdependencias entre comunidades locales, nacionales e internacionales como no se había visto en ninguna época histórica anterior» (Rosenau, 1990: 17).

La íntima conexión entre globalización y conceptualización espacio-temporal materializa un vínculo muy estrecho entre lo local y lo universal que atrae conflictos mas también estratificaciones. En estos dos niveles (local y global) se generan tres tipos de fuerzas distintas que Giddens menciona: una es la que acabamos de ver, donde las tendencias globalizadoras despojan al Estado-nación de ciertos poderes que antes poseía; la segunda se mueve en dirección contraria y presiona hacia abajo, esto es, el tinte cada vez más borroso de las fronteras nacionales ocasiona y regenera algunas demandas de las identidades locales:

«Así, por ejemplo, la reanimación de los nacionalismos y el énfasis dado a las identidades locales están directamente vinculados a las influencias universalizadoras, y se alzan en oposición a ellas» (Giddens, 1996: 14).

Además de estos dos impulsos verticales, el nuevo escenario mundializado produce un empuje de carácter horizontal que resulta en la formación de macroregiones económicas y culturales capaces de traspasar los límites nacionales, como queda reflejado en el ejemplo, puesto antes, de Barcelona con Cataluña y el sur de Francia (Giddens, 1999: 44). Puedo representar gráficamente semejante situación escogiendo el Estado-nación como punto de intersección inicial del que emergen las diversas líneas de presión:

¹⁹ A tal respecto, se podría desprender de las últimas «fatigas» de Giddens (1999) y Beck (1998b) que la «jaula de hierro» de la que hablaba Weber se está abriendo, solicitada por una pluralidad de modernizaciones divergentes, por la acción de las influencias globalizadoras que cercenan la linealidad del desarrollo moderno.



Aldea global

Estado-nación

Macroregiones

Nacionalismos

A fin de retraer las tendencias disgregadoras que derivan de este conjunto de factores, la propuesta teórica de Giddens se aleja de la actitud hiper-globalizadora: el Estado-nación y su papel sufren transformaciones importantes pero no van a desaparecer²⁰. Puesto que la sociedad no es un mercado, hay que reaccionar al fundamentalismo neoliberal; por eso se necesita, ahora más que nunca, la presencia de los gobiernos en la economía mundial, porque a pesar de que no exista ya un proyecto socialista, sus instancias básicas siguen teniendo validez. La misma caída del comunismo y la crisis que afecta al capitalismo hoy en día se deben, según Giddens, a las consecuencias de las fuerzas globalizadoras: fenómenos como las turbulencias financieras y la crisis de los mercados internacionales son problemas que atañen a todo el mundo y precisan de soluciones más globales que

²⁰ Y lo que es más, GIDDENS sostiene que algunas naciones tienen más poder del que tenían antaño (GIDDENS, 1999: 45). El inglés se refiere a los países del este de Europa tras la caída del comunismo; una postura cuanto menos opinable si tenemos en cuenta la tupida red de clientela internacional y los nexos de subordinación económica a los que se ven sometidos estos países con respecto a las mayores potencias occidentales, como puede ser el caso de la actual situación financiera de Rusia. Por lo tanto, habría que precisar que el aumento de poder inscrito se proyecta en su totalidad hacia el interior, mientras que en la dinámica del sistema mundial su capacidad interventora se encuentra más bien mermada.

el sistema capitalista no está en grado de suministrar al no ser posible dar con ellas en ese mismo mercado. Por otro lado, la teoría socialista está ligada a un modelo cibernético (donde una *intelligentsia* rectora de máximo orden controla los niveles inferiores) que no es compatible, y no puede operar, con un sistema complejo tan informatizado que necesita una gran cantidad de inversiones de bajo nivel para ser coherente (Giddens, 1996: 17).

En resumidas cuentas, para Giddens la globalización es una situación real (Giddens, 2001: 75), que implica el que vivamos en un mundo de transformaciones radicales y en el que no podemos acudir a la historia en busca de parecidos, ya que este nuevo presente no es una simple extensión del pasado. A todo esto habrá de dar respuesta la política, y para ello Giddens reclama remedios radicales. Sin embargo, sus propuestas (la creación de un marco jurídico que favorezca la introducción de una noción de ciudadanía cosmopolita al estilo heldiano, la necesidad de impulsar una forma de democracia *dialogante*, una reforma «positiva» del Estado de bienestar) no inciden de manera eficaz en lo que considero el auténtico *punctum dolens* del nuevo orden global y que podemos resumir con las palabras de Bauman:

«más que homogeneizar la condición humana, la anulación tecnológica de las distancias espacio-temporales tiende a polarizarla» (Bauman, 1998: 18).

Es decir, que la mundialización globaliza *progresivamente* a los ricos y localiza a los pobres. Amén de no resultar efectivas para encarar esta verdad material, las sugerencias de Giddens nacen de una conciencia de la globalización hartamente distinta de la Bauman; esto, por lo menos, dan a entender sus palabras:

«Hay buenas razones para suponer que una mayor globalización favorece el desarrollo de la democracia, incluso en las naciones que tienen poca historia a sus espaldas» (Giddens, 2001: 170).

Es un hecho que la cuota de la riqueza global que en los últimos diez años ha recaído sobre el 5 por 100 más pobre de la población mundial ha disminuido, mientras que la porción acaparada por el 5 por 100 más rico ha crecido²¹. Si de verdad el Derecho y las instituciones internacionales son el

²¹ GIDDENS no ignora esta tendencia: «En 1965 la renta per cápita media en los países del G7 era veinte veces mayor que la de los siete países más pobres del mundo. En 1997, esta proporción era de cuarenta a uno. Para encontrar una comparación económica más realista, las cifras deben ajustarse a las diferencias en el coste de la vida, que hacen que el diferencial baje considerablemente. Pero aún así es muy grande» (GIDDENS, 2001: 139). Hablo de «tendencia» y utilizo el adverbio

complemento indispensable en pos de perseguir una sociedad planetaria más democrática, deben plantearse éste como problema prioritario. De otra manera, las tesis del pacifismo jurídico, tanto la *pax perpetua* kantiana como la *peace through law* kelseniana, quedarían definitivamente adjetivadas por lo que en realidad siempre han sido: utopías moderno-liberales que sólo podrían garantizar un orden formal y asimétrico. Danilo Zolo explica perfectamente, en mi opinión, este punto:

«En la arena internacional la relación entre derecho y poder es tan estrecha y tan ambigua que una filosofía del Derecho Internacional se vería reducida a una simple especulación normativa si no pusiese en el centro de su teoría las muchas variables que complican la relación entre el derecho *in books* y el derecho *in action*; es decir, si no estudiara como objeto específico de la «ciencia jurídica» la red de transacciones políticas, económicas y sociales mediante las cuales los principios y las reglas del derecho se convierten en disciplina efectiva de casos concretos» (Zolo, 1998: 138).

Y de lo que se trata aquí –como se ha dicho– es de que la «aldea global» (*global village*) no sea en realidad una forma para encubrir el «saqueo global» (*global pillage*).

4. La tercera vía: ¿*third way*? ¿*empty way*?

El cotejo de los temas relacionados con el debate sobre la globalización nos ha llevado hacia un terreno estrictamente más político. También los últimos esfuerzos de Giddens van en esa dirección y lo hacen siguiendo los cauces que han marcado la evolución de su pensamiento desde sus inicios. Con esto, quiero decir que también la forma de abordar el estudio de la propuesta política activa refleja el talante que el sociólogo inglés ha mantenido durante toda su vida intelectual: el tratamiento de los temas objeto de investigación mediante la polarización dicotómica de los conceptos dominantes y contrapuestos. Así pues, el último dualismo al que Giddens se ha enfrentado, y sigue enfrentándose hoy día, es el de la antinomia socialismo-liberalismo. La ya famosa *Third Way* (de la que tiene *copyright* inte-

«progresivamente» porque considero el hecho de que los distintos niveles de desarrollo y las diferencias en las condiciones materiales de vida no son una creación de la globalización ya que si así fuera –y lo señala con razón GARCÍA BLANCO– las consecuencias disolventes de la globalización «tampoco se detendrían en las fronteras de las “sociedades nacionales”, pues éstas tampoco son unidades sociales homogéneas» (GARCÍA BLANCO, 1999: 44).



lectual Giddens antes que Blair) es la última promesa del *New Labour* para diseñar un nuevo trayecto político capaz de afrontar los problemas provocados por el ineluctable proceso de globalización de la sociedad –una vez declarada la muerte del socialismo en todas sus versiones, desde la comunista hasta la social-demócrata, y rechazada la idea de que el neoliberalismo haya de ser el único pensamiento «fuerte» que permanezca disponible—. Un proyecto capaz de enfocar los nuevos problemas político-sociales, tomando conciencia de que se han desintegrado los rasgos esenciales sobre los que se basaba el consenso del bienestar keynesiano, rector de la socialdemocracia a la antigua usanza (Giddens, 1999: 27-28), pero a la vez a salvo de las fieras leyes de mercado. Giddens ofrece una respuesta, la del «centro radical», y defiende su apariencia intrínsecamente contradictoria alertando de que

«la noción de centro radical es una herejía sólo si uno cree que izquierda y derecha todavía definen todas las ideas y programas válidos en política (...) el centro-izquierda continúa inspirándose en los valores de izquierdas, pero acepta que el socialismo ha muerto como teoría de la gestión económica y como interpretación de la historia» (1997b: 7).

Objetivamente, para quien haya recorrido la obra del Director de la *London School* en su totalidad, la lectura de *La tercera vía* resulta un poco decepcionante. No se respira, entre sus líneas, la profundidad, la erudición ni el rigor científico que caracterizan el resto de su obra. Más que una obra de sociología o de teoría política, asume en demasiadas ocasiones la imagen de panfleto electoral, tanto definido como descontado, tanto carismático como demagógico. En el libro se superponen dos actitudes, la mediadora y la revisionista, por lo que la pretensión constructiva es esa de buscar un camino político que se sitúe en el medio, pongamos, entre Oskar Lafontaine y Margaret Thatcher y al mismo tiempo de mantener –pero reconceptualizando la raíz– una relación de filiación directa del blairismo con respecto a la socialdemocracia a la antigua ²²:

²² Ya sobre el marco de referencia de la discusión que GIDDENS presenta se han levantado críticas como la de Navarro: «su descripción de la experiencia socialdemócrata que ha existido y continúa existiendo en Europa, así como de la experiencia neoliberal, es una caricatura extrema de tales posturas políticas (...) GIDDENS distorsiona hasta tal punto la tradición socialdemócrata y la neoliberal que ninguna de las dos es reconocible» (NAVARRO, 1999: 63). El comentario crítico estriba en que, por un lado, en la mayoría de los países europeos las políticas de los partidos socialdemócratas que han gobernado no han correspondido, en general, a las características definidas por GIDDENS



«Creo que la socialdemocracia puede no sólo sobrevivir, sino prosperar, tanto a nivel ideológico como práctico. Sin embargo, sólo podrá hacerlo si los socialdemócratas están dispuestos a revisar opiniones anteriores [...] La ruptura de Tony Blair con el viejo laborismo fue un logro significativo, pero prácticamente todos los partidos socialdemócratas continentales han realizado un tipo de ruptura similar» (Giddens, 1999: 7-8).

La necesidad de encontrar una clave teórica que permita alcanzar niveles satisfactorios de integración social y económica proviene del descrédito en el que han caído los viejos paradigmas políticos, ineptos a la hora de solventar los nuevos desafíos impuestos por la locomotora de la globalización. Si los neoliberales anhelan reducir el papel del Estado en la sociedad y la economía, los socialdemócratas, históricamente, han perseguido incesantemente su expansión. En cambio, la tercera vía «sostiene que lo necesario es reconstruirlo» (Giddens, 1999: 86). La solución que brinda Giddens al programa se resume en la introducción de una nueva economía mixta, que no anule el papel activo de la autoridad pública, sino que lo disminuya para contener al máximo el despilfarro. Lo dicho viene a ser lo mismo que dijeron en un manifiesto conjunto en el verano de 1999 Blair y Schröder, al enfatizar que en la vida económica «el Estado no debe remar, sino llevar el timón». Así pues, la socialdemocracia modernizada se convierte al evangelio del «capitalismo responsable»²³, al estimar que es obligatorio subsanar las evidentes desigualdades, pero a sabiendas de que no hay alternativa a una economía global de mercado. El subtítulo de *La tercera vía* es *La renovación de la socialdemocracia*, pero visto lo visto bien podría haber sido *La renovación de la democracia liberal* (utilizando el término como contrapuesto a democracia social). Cobran cierto valor, a la luz de estas consideraciones, las corrosivas observaciones de Delgado-Gal:

«Giddens, además, nos hace difícil la tarea de adivinar a qué clase de socialismo ha decidido apuntarse: culebrea y se escabulle como una sierpe, y ostenta sucesivamente todos los colores del arco iris, con excepción acaso del rojo» (Delgado-Gal, 1999: 4).

(sobre todo en los países escandinavos); de ahí que el sociólogo inglés «más que estereotipar, falsifica la experiencia socialdemócrata en Europa». Por otro lado, ocurriría lo mismo con la práctica neoliberal, pues, en realidad, «Giddens amalgama en la misma categoría dos categorías distintas: la tradición liberal y la tradición conservadora, catalogando ambas como neoliberales» (NAVARRO, 1999: 64).

²³ Sobre las posibilidades de integración y desarrollo de los modelos del capitalismo «accidental» y capitalismo «de participación» cfr. GIDDENS, 2001: 162-164.

De todas formas, me interesa ante todo analizar el concepto de tercera vía como etapa actual del pensamiento de Giddens, más que como promesa concreta en el panorama político europeo; por eso, lo enjundioso para nuestras finalidades contingentes es que el desenlace propuesto por el británico parece querer mantener cierta equidistancia entre los extremos de «socialismo» y «liberalismo». Si lo queremos exponer de modo diverso, el centro radical resultaría ser una modalidad de estructuración que supera el dualismo izquierda-derecha. Tal es el significado del rótulo *más allá* de la izquierda y la derecha propuesto por Giddens. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el sociólogo inglés está convencido de que no hay ninguna alternativa al capitalismo (Giddens, 1999: 57). Además, opino que la base teórica de la tercera vía ya está ensayada en el libro anterior, cuyo título, por cierto, es *Más allá de la izquierda y la derecha (Beyond Left and Right)*. Pues bien, en el Prefacio, Giddens recuerda que la obra se basa en las ideas esbozadas aproximadamente quince años antes, en el que debía ser el tercer volumen de una trilogía dedicada a una «crítica contemporánea del materialismo histórico» (Giddens, 1996: 9)²⁴. La liquidación definitiva del marxismo, pues, parece encontrar su climax en la tercera vía. En la sociedad globalizada, y globalizante, «se necesitan iniciativas políticas que poco tienen que ver con las concepciones clásicas del socialismo». Como «sistema de administración económica, el socialismo se ha terminado»:

las «debilidades de Marx se encuentran precisamente en esos puntos en los que él se creía más fuerte y más original: sus reflexiones sobre la superación del capitalismo por el socialismo. Las contribuciones más duraderas de Marx, que le aseguran un lugar entre los «clásicos», y que hacen que se pueda continuar dialogando con él, radican en su análisis del orden industrial capitalista, al que atribuyó erróneamente una corta duración» (1997c: 22).

A la luz de estas consideraciones la tercera vía me parece un sendero que pierde en anchura. Lo que en principio pretendía ser una propuesta equidistante entre dos polos antagónicos (derecha/izquierda, capitalismo/marxismo, liberalismo/socialismo) está viciada *ab initio* por un desequilibrio que la inclina hacia uno de los extremos. La asimetría se debe a que Giddens, en su teorización, no maneja dos polos unívocos porque, de hecho, nos viene a decir que el neoliberalismo es *malo*, pero el marxismo está *muerto*. Esto sig-

²⁴ Los dos primeros volúmenes de la trilogía fueron *A Contemporary Critique of Historical Materialism* (1981) y *The Nation-State and Violence* (1985).



nifica que está contraponiendo un valor a un hecho, y no es lo mismo debatir sobre una elección, discutible *per se*, y una constatación, discutible sólo después de haberla sometido a un exhaustivo proceso de verificación.

5. Conclusiones

El análisis esbozado en este trabajo hay que enmarcarlo en una tesis interpretativa general relativa al conjunto de la andadura intelectual de Giddens. En primer lugar, deben señalarse la continuidad y unidad de intentos como elementos generales del proyecto sociológico giddensiano. A partir del bosquejo de los clásicos, pasando por la teoría de la estructuración, y hasta llegar al debate sobre la nueva sociedad mundializada, la actitud científica de nuestro autor le lleva a mantener la misma metodología de investigación. Ésta consiste en el examen en cada tema de una amplia gama de teorías alternativas con el objetivo de formular una concepción original y tendencialmente integradora. La clave de bóveda para entender un proceso tal es la teoría de la estructuración. Ésta empieza a brotar en la segunda mitad de los años setenta para luego asumir una forma definitiva en la primera mitad de los ochenta. Durante la última década, Giddens ha dedicado cada vez más atención a la utilización de esta teoría para analizar críticamente el mundo moderno. Pero también cabe señalar que el concepto de estructuración hace su aparición en el vocabulario del inglés incluso antes de que él haya asentado los cimientos de la teoría homónima. Es en 1973, en *La estructura de clases en las sociedades avanzadas* (Giddens, 1979b), donde Giddens introduce la noción de estructuración para impulsar su replanteamiento de la teoría de clases. Al distinguir la estructuración *mediata* de la *inmediata*, se refiere a la primera incluyendo en ella «los factores que intervienen entre la existencia de unas capacidades de mercado dadas y la formación de las clases como grupos sociales identificables», mientras que la segunda comprende «los factores 'localizados' que condicionan o moldean la formación de la clase» (Giddens, 1979b: 121). Más allá del contenido y las implicaciones específicas que puedan tener estas definiciones en el ámbito de estudio de la sociedad industrial, nos interesa apuntar que el talante de la futura teoría de la estructuración ya está presente, y se manifiesta en la exigencia de proporcionar un acceso dinámico a las temáticas sociológicas. Así pues, no se trata de identificar conceptos y definiciones estáticas, sino relaciones e interacciones recíprocas y dialécticas:

«Los principales problemas de la teoría de las clases, en mi opinión, no se refieren tanto a la naturaleza y aplicación del propio concepto de clase, como a lo que, a falta de término mejor habré de denominar *estructuración* de las relaciones de clase» (Giddens, 1979b: 119).

De la orientación apuntada Giddens deduce, faltando aún años para que germine su mayor contribución a la teoría social, «cuán fuertemente establecido está el ‘principio de clase’ como modo de estructuración» (Giddens, 1979b: 125). Es una aseveración que, en mi opinión, guarda un importante parecido epistemológico con la frase de Marx que el británico citaría diez años después, declarando que la teoría de la estructuración representa una reflexión ampliada sobre ella:

«Los hombre hacen su propia historia, pero no la hacen a su albedrío, bajo circunstancias que ellos mismos escojan, sino bajo circunstancias con las que se encuentran de una manera inmediata, dadas y heredadas» (Marx/Engels, 1966: 487).

En segundo lugar, me parece importante subrayar la impronta mediadora del pensamiento giddeniano. Los esmerados esfuerzos por integrar las dicotomías y los dualismos lo conducen a menudo por la senda de en medio. Es posible comprobarlo con la puesta en discusión de los paradigmas sociológicos clásicos, el «académico» y el marxista; podemos apreciarlo en el análisis ontológico de la sociedad humana, con la comparación y valoración crítica de las escuelas funcional-estructuralistas y la sociología interpretativa. Finalmente, la suposición se ha visto confirmada en la más reciente reflexión política enclavada en la controversia socialismo/liberalismo. En este último ámbito, incluso, Giddens ha acuñado un término *ad hoc* para por fin bautizar –voluntaria o involuntariamente– su perenne obsesión moderadora e integradora: la «tercera vía». Desde que salió a la luz la propuesta política de Giddens (es decir, hace bien poco), la disposición de ánimo que estoy sugiriendo ha sido anotada y comentada por muchos. No obstante, se debe destacar, con fines puramente analíticos, que el «síndrome de Giddens» no se debe a una extemporánea y escasamente novedosa tercera vía. Antes bien, el «síndrome de Giddens» es el *tercervísmo*. La *third way* no se estrena en 1998 con la publicación del libro que la lleva por título ni con la victoria del Partido Laborista en el Reino Unido en 1997, sino que empieza a brotar en 1971 en *Capitalism and Modern Social Theory* con el intento de hallar una vereda que cruce longitudinalmente y sin incomodidades ideológicas la región de lo «marxista» y la de lo «burgués».

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Anthony Giddens:

- GIDDENS, A.: *Capitalism and Modern Social Theory*, Cambridge, 1971, University Press.
- *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Londres, 1979a, Macmillan.
 - *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, 1979b, Alianza.
 - *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge, 1984, Polity Press.
 - *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, 1993, Alianza.
 - *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, 1995, Península.
 - *Sociología*, 2.ª ed., Madrid, 1997a, Alianza.
 - «Qué es el centro-izquierda», en *Debats*, 1997 b, núm. 61.
 - *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, Barcelona, 1997c, Paidós.
 - «Risk Society: the Context of British Politics», en FRANKLIN, J. (ed.), *The Politics of Risk Society*, Cambridge, Polity Press, 1997d, pp. 23-34.
 - 1996, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra.
 - *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, 1999, Taurus.
 - *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, 2000, Taurus.
 - *La tercera vía y sus críticos*, Madrid, 2001, Taurus.

Otras obras:

- BAUDRILLARD, J.: *Las estrategias fatales*, Barcelona, 1984, Anagrama.
- BAUMAN, Z.: *Globalization. The Human Consequences*, Cambridge, 1998, Polity Press.
- BECK, U.: *La sociedad del riesgo*, Barcelona, 1998a, Paidós.
- *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, 1998b, Paidós.
- BECK, U., GIDDENS, A., LASH, S.: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, 1997, Alianza.
- BERIAIN, J. (ed.): *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, 1996, Anthropos.

- CAMPIONE, R.: «Estructuración y Derecho: la teoría social de Anthony Giddens», en GARCÍA AMADO, J. A. – CALVO, M. (eds.), *El derecho en la teoría social. Diálogo con quince propuestas actuales*, Oñati, 2001, Instituto Internacional de Sociología Jurídica.
- DELGADO-GAL, A.: «En busca de la identidad perdida», en *Revista de libros*, enero, 1999, pp. 3-7.
- DEL LUCCHESI, F.: «“Disputare” e “combattere”. Modi del conflitto nel pensiero politico di Niccolò Machiavelli», en *Filosofia Politica*, 2001, núm. 1, pp. 71-95.
- ERIKSON, E.: *Childhood and Society*, Nueva York, 1950, Norton.
- GARCÍA BLANCO, J. M.: «De la mundialización y la globalización al sistema de la sociedad mundial», en RAMOS TORRE, R. – GARCÍA SELGAS, F., *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid, 1999, CIS.
- GELLNER, E.: *Posmodernismo, razón y religión*, Barcelona, 1994, Paidós.
- GILPIN, R.: *The Political Economy of International Relations*, Princeton, 1987, University Press.
- HABERMAS, J.: *El discurso filosófico de la modernidad: (doce lecciones)*, Madrid, 1993, Taurus.
- HELD, D.: *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Barcelona, 1997, Paidós.
- HIRST, P., THOMPSON, G.: *Globalisation in Question*, Cambridge, 1996, Polity Press.
- HUNTINGTON, S.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, 1997, Paidós.
- LASCH, C.: *Heaven in a Heartless World*, Nueva York, 1977, Basic.
- LYOTARD, J. F.: *La condición postmoderna*, Madrid, 1994, Cátedra.
- MANNHEIM, K.: *Ideología y Utopía*, 2.ª ed., México, D. F., 1987, Fondo de Cultura Económica.
- MARX, K., — ENGELS, F.: *Opere scelte*, Roma, 1966, Editori Riuniti.
- MCKIBBEN, B.: *El fin de la naturaleza*, Barcelona, 1990, Ediciones B.
- MESTROVIC, S. G.: *Anthony Giddens. The Last Modernist*, Londres, 1998, Routledge.
- NAVARRO, V.: «La tercera Vía: un análisis crítico», en *Claves de razón práctica*, 1999, núm. 96, pp. 63-70.
- OHMAE, K.: *El mundo sin fronteras: poder y estrategia en la economía entrelazada*, Madrid, 1991, Mac Graw-Hill.
- OHMAE, K.: *The End of Nation State: The Rise of Regional Economies*, Londres, 1995, Harper Collins.

- PIERSON, C., GIDDENS, A. *Conversations with Anthony Giddens*, Cambridge, 1998, Polity Press.
- ROSENAU, J.: *Turbulence in World Politics*, Brighton, 1990, Harvester.
- WORSLEY, P.: *The Three Worlds: Culture and World Development*, Londres, 1984, Weidenfeld and Nicholson.
- ZOLO, D.: *I signori della pace. Una critica del globalismo giuridico*, Roma, 1998, Carocci.

